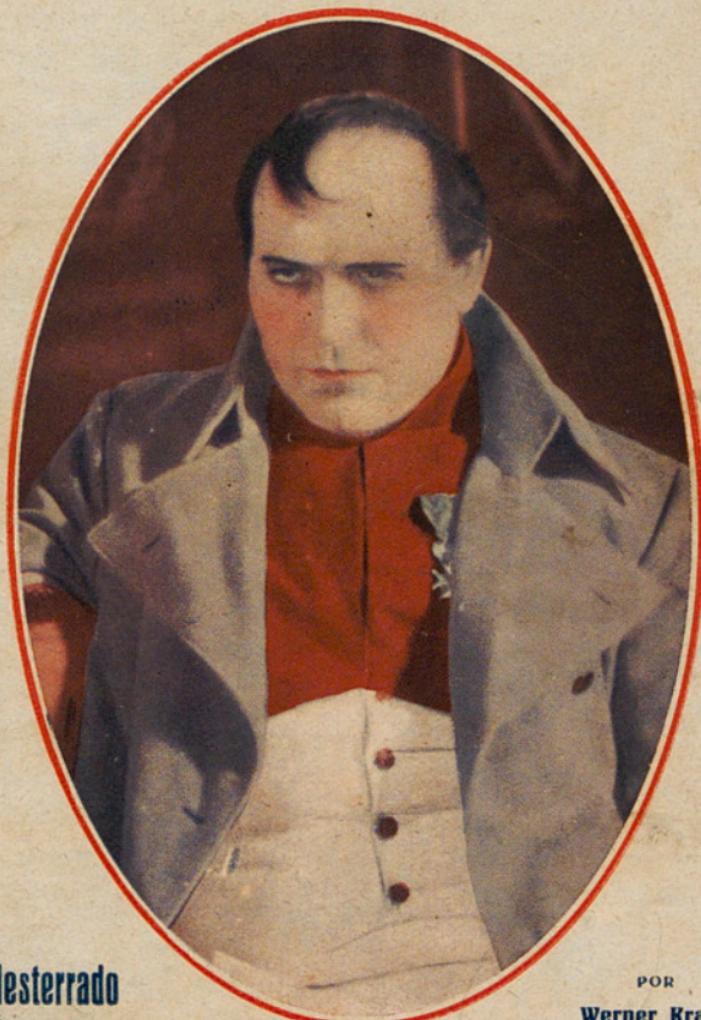


BIBLIOTECA
Los Grandes Filos

68

La Novela Semanal Cinematográfica



El desterrado
de Santa Elena

POR
Werner Krauss
—
50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551

.....

El desterrado de Santa Elena

Argumento de Abel Gance

Interpretación de Werner Krauss



EXCLUSIVA DE

S. A. G. E.

Selecciones JULIO-CÉSAR

Aragón, 316

BARCELONA

dor! que había dado una muchedumbre ebria de gloria.

Muchos habían abandonado al emperador en su hundimiento, pero algunos lo sacrificaban todo para acompañarle en su desgracias; entre éstos el más fiel, el más adicto, era el general Bertrand.

Triunfante la coalición aliada contra el César francés, Napoleón marchó a Rochefort para embarcar con rumbo a América.

Mas no pudiendo llegar a escapar se entregó a los ingleses que bloqueaban el puerto.

Acompañado de sus fieles amigos, el águila caída se dirigió a una fragata inglesa y dijo al capitán con arrogancia:

—Señor capitán, vengo a bordo de su barco para ponerme bajo la protección de la bandera inglesa.

—Señor. Tengo orden de conducir a Vuestra Majestad a Inglaterra.

—Con mucho gusto pasaré el resto de mi vida en su país como un pacífico ciudadano—contestó Napoleón que cansado de luchas y ambicionando ya únicamente el reposo, deseaba retirarse a alguna ciudad inglesa a soñar espiritualmente en la glo-

El desterrado de Santa Elena

Argumento de la película

París, junio de 1815.

Waterlóo había herido al águila en pleno vuelo. Caía Napoleón. Y las multitudes, volubles siempre, acogían con entusiasmo la sustitución de una corona imperial por una corona real.

Tras el efímero reinado de los cien días, Napoleón Bonaparte, el tantas veces victorioso caudillo, había tenido que abandonar el trono, y Luis XVIII volvía a ocuparlo entre el entusiasmo del país.

Los gritos de ¡Viva el Rey! habían sustituido a los antiguos de ¡Viva el Empera-

ria de Francia y en la de su hijito que él creía iba con el tiempo a reinar.

Pero los planes políticos de Bonaparte debían luchar contra un enemigo temible: Las Cortes europeas.

La noticia de haberse entregado Napoleón a los ingleses, causó en todos los gobiernos aliados una sensación enorme.

Y en el Cuartel general prusiano, se comentaba apasionadamente el fin definitivo del que fué un día señor de la tierra.

—¿Qué harán ahora con él?

—¡Dejémosle! Los ingleses darán buena cuenta del ex emperador.

Y en París cuando el rey Luis XVIII conoció la noticia de que Napoleón se había acogido bajo el pabellón británico, sonrió alegramente y exclamó:

—Dejaremos a los señores ingleses el cuidado de alejar esa amenaza para la paz de Europa.

También en Viena se recibió con estupor la noticia de la entrega voluntaria de Napoleón.

—¿Y qué piensa hacer ahora Vuestra Majestad? —preguntó un cortesano al emperador austriaco.

—Los ingleses cuidarán de evitar el pe-

ligro de que vuelva —repuso el soberano.

Y en la lejana Rusia, el Zar concretaba así el pensamiento de todos:

—¡Que se encarguen los ingleses de cortarle las alas al águila, puesto que la tienen en su poder!

Y naturalmente, ante aquellos unánimes deseos los ingleses se creyeron en el caso de no defraudar a los que confiaban en ellos.

Y como medida de buen gobierno acordaron desterrarle a una isla lejana.

Bien ajeno a todo ello estaba Napoleón, que ya en la costa inglesa, esperaba a la mañana siguiente para poder desembarcar y ser libre dentro de Inglaterra, después de dar su palabra de honor de que no intentaría ningún nuevo asalto al trono.

—Pronto habrán terminado todas estas molestias del éxodo, señor —le dijo su fiel general Bertrand.

—Y mañana saltaremos a tierra, ¿verdad? ¡Y entonces podremos volver a respirar libremente! —contestó Napoleón con entusiasmo cual si su alma de gigante sintiera sólo el anhelo de descansar.

Pero a la siguiente mañana y cuando Napoleón se preparaba para saltar de la

fragata llegaron a bordo unos emisarios del gobierno inglés.

Las tropas presentaron armas. Bertrand y sus amigos acudieron a recibir a los enviados de la nación protectora.

—¡Condúzcanme a presencia del general Bonaparte! —dijo el general inglés con frialdad.

Acompañados de Bertrand y de otros fieles al emperador, entraron los ingleses en una de las cámaras donde tuvieron que aguardar largo rato.

Entró al fin Napoleón, con la majestad del hombre que aunque caído conserva inata su antigua gloria.

Arqueó Napoleón las cejas al ver al emisario quien con vez exenta de toda cordialidad, le dijo:

—Traigo la decisión del gobierno inglés.

—¿La decisión? —repuso Bonaparte— ¿Qué significa esto?

Sus nerviosas manos tomaron un mensaje y leyó:

Como es imposible—dados los compromisos que Inglaterra tiene contraídos con sus aliados—permitir que sea alterada de nuevo la paz de Europa, el general Bo-

naparte será privado de su libertad provisional y desterrado a la isla de Santa Elena.

—¿Prisionero yo? —Yo? —respondió el César con fuerza.

—Su espada, general Bonaparte, tenga la amabilidad—rogó el inglés.

—¿Mi espada? ¡Toda Inglaterra no podría sostenerla! ¡No soy prisionero, no lo soy! ¡Voluntariamente me he puesto bajo la protección de vuestro país!

—Es orden de mi gobierno, señor.

—¡Aunque lo mande el gobierno inglés, aunque lo manden todos los gobiernos de Europa, no iré a Santa Elena ni entregaré mi espada!

Y salió de la estancia después de dar un portazo violentísimo.

El inglés meditó un instante sobre si debía emplear la fuerza contra Bonaparte, pero se abstuvo de hacerlo, no considerando demasiado peligroso que conservara la espada.

Salió a cubierta con su estado mayor y ordenó al capitán de la nave:

—¡Hágase a la mar con rumbo a Santa Elena!... Y recuerde que está prohibido tocar en ningún puerto.

—Sus órdenes serán atendidas, general.

Y el capitán corrió a dar instrucciones para que se izasen las velas rumbo a la isla del destierro.



—*No soy prisionero, no lo soy!*

* * *

El general Bertrand se hallaba taciturno ante la desdichada suerte que le esperaba a su señor. Acompañaban a Bertrand los generales conde de Montholou, Gourgaud y el barón de Las Cases y otros va-

rios amigos que habían puesto a prueba la lealtad en las horas de desgracia.

En aquella pequeña corte de hombres amargados, dos mujeres ponían el suave perfume de su feminidad: la señora Bertrand y la condesa de Montholou.

Las dos jóvenes, las dos divinamente hermosas, nacidas tal vez para una vida más alegre que la errante de los desterrados.

Napoleón, desde su cámara, veía a través de un ventano los preparativos de marcha.

¡Malditos aliados! ¡No se conformaban con quitarle el trono, con separarle de su tierra de Francia tan amada! Le iban a llevar a una isla inhospitalaria y desierta. Y lo terrible era verse rodeado por doquiera de cadenas, pues el mundo entero estaba contra el que un día quiso usurpar su libertad.

Llamó a su gran amigo Bertrand y le dijo:

—Tendremos que ceder ante la fuerza, Haz una lista de las personas que desean hacerme compañía a Santa Elena.

—¡En el acto, Majestad!

—Tú te quedarás conmigo, ¿no es ver-

dad, Bertrand?—dijo mirándole ansiosamente.

—¡Hasta el fin de mis días, señor!

—¡Gracias!... Vé ahora a enterarte de quiénes quieren seguirme. Y mándame al barón de Las Cases. Le necesito.

Salió el general y no tardó en aparecer el barón, uno de los fieles amigos que se quedaba, leal súbdito a quien Napoleón deseaba dictar sus memorias para transmitirlas a la posteridad.

Mientras Las Cases escribía, Bertrand indagaba quiénes iban a quedar bajo el servicio del Emperador.

No faltó ni uno; todos, todos como un solo hombre tuvieron a gran honor el acompañarle hacia el destierro.

La hermosa y alegre condesa de Montlhoul cedió también, y únicamente la señora Bertrand no se vió con fuerzas para llevar a cabo tal empresa.

—¡No, no, nosotros no podemos ir a sepultarnos a Santa Elena!—dijo a su marido—. ¡Sería horrible!

—¡Nuestra lealtad nos obliga a ello!

—¡No quiero, no puedo! ¡Soy muy joven aún para ello!—protestó con un legítimo deseo de que la vida delicada que

hasta entonces había llevado, no desapareciera.

—Pero, debes comprender...

—Voy a hablar con Napoleón.



—...nosotros no podemos ir a sepultarnos a Santa Elena...

Y dirigióse hacia la cámara imperial, donde Napoleón dictaba a su fiel barón Las Cases este solemne mensaje dirigido a todas las cortes de Europa:

A la vista del cielo y del mar, protesto

contra la sentencia injusta del gobierno inglés.

Tuvo que interrumpirse al ver aparecer a la señora de Bertrand quien con voz suplicante le pidió:

— Necesito que me escuche Vuestra Majestad... pero a solas.

No gustaba el emperador de ser interrumpido nunca, pero se trataba de la fiel esposa de su mejor amigo, y rogó a Las Cases saliera.

— ¿Qué desea de mí?

— Señor, Vuestra Majestad debe prohibir a mi marido que le acompañe a Santa Elena.

— ¿Y por qué?

— Yo no quiero enterrarme en vida, señor!... Comprenda Vuestra Majestad...

La miró Napoleón violentamente con un deseo de castigar a quien no le demostraba lealtad. Pero se contuvo y mirando a aquella hermosa mujer, más hermosa en la energía de su rebelión, le contestó:

— El general Bertrand hará lo que le dicte su voluntad, y usted, señora, hará lo mismo.

— ¡Yo no puedo unir mi suerte a la del Emperador caído! ¡No olvide Vuestra

Majestad que yo no soy de Francia, soy inglesa!— exclamó mirando orgullosa un mapa de Inglaterra que había en uno de los muros.

Napoleón sonrió con melancolía, miró el mapa y luego a aquella mujer a quien horrorizaban las penalidades.

— Usted se encuentra en el puesto privilegiado, señora... en el puesto de los vencedores...

— ¡Sí, señor, de los vencedores!— dijo sintiendo que la voz de la sangre mandaba sobre cualquier otro sentimiento—.

— ¡Somos nosotros, los ingleses, los que hemos vencido a Vuestra Majestad!

— ¿De veras? ¿Están ustedes seguros de haberme vencido?— gritó con fiereza, yendo hacia ella, cogiéndola por un brazo y mirándola con ojos de soberana luz.

La mirada fué tan viva, tan terrible, que la dama vaciló, sintió que los ojos del Emperador tenían un poder de incomparable fascinación, que aquel gran hombre era superior a sus propios vencedores.

Sollozando bajó las pupilas y huyó de la cámara imperial, mientras Napoleón, indiferente volvía a salir al corredor y llamaba:

—¡Barón Las Cases! Continuemos el mensaje.

La hermosa inglesa al llegar a cubierta encontró a su marido a quien dijo:

—¡Vámonos de aquí! No le librarás de su desgracia por quedarte a su lado.

—¡Nunca abandonaré a mi Emperador! —protestó con una lealtad inquebrantable—. ¡Tú me seguirás conmigo! ¡Lo mando!

—¿No sabes que soy una débil mujer, que no podré resistir las amarguras del destierro?

—Haz el corazón fuerte como yo... Ten esperanza.

La señora Bertrand, desesperada, se alejó de su marido y encontrando sobre cubierta al capitán de la nave, le dijo:

—¡Señor capitán, soy inglesa! ¡Usted no debe consentir que mi marido se quede a vivir con el emperador!

—Señora, mi opinión es que una esposa debe seguir a su marido, sea adonde sea— le respondió secamente.

Enloquecida, avanzando hacia la parte de babor, se subió ella a unas cuerdas y fué a lanzarse al mar, con ansias de pedir

a la muerte la suprema libertad que anhelaba su espíritu.

Por fortuna unos marineros vieron su intención y pudieron arrancarla de aquel lugar peligroso.

Bertrand la acompañó a su cámara y por fin consiguió calmar a aquella mujer que no siendo francesa, no podía sentir como los demás amigos de Napoleón, la alegría del sacrificio.

Los besos de su marido la convencieron, al menos aparentemente... Y pidió a Dios le diera fuerzas para soportar las aburridas horas que se avecinaban, la crueldad del destierro en una isla.

La nave comenzó a alejarse... Napoleón, ceñudo y frío, contemplando los infinitos horizontes del mar, exclamaba diciendo a su fiel Las Cases:

—¡Y protesto una vez más contra esa gran injusticia de mi deportación!

* * *

Santa Elena no es más que una inmensa roca perdida en el mar. Allá, en aquel lugar inhospitalario y terrible fué internado el que un día tuvo a las naciones a sus pies.

La pequeña finca de Longwood—termino medio entre “villa” de recreo y casa de labor—iba a ser en lo sucesivo residencia y prisión del que había soñado con ser Emperador del Mundo.

Para el grande hombre fueron de profundo dolor los primeros días de su instalación en la finca.

Casita modesta, sencilla, que contrastaba con el lujo de los palacios que había habitado en tiempos de esplendor.

Los pocos amigos fieles al ex emperador vivían en casitas cercanas aunque pasaban casi todo el día haciendo compañía al desterrado.

El general Bertrand y su díscola y bella esposa, que había llegado a Santa Elena con sus dos hijitos, habitaban en una pequeña casa, aunque puede decirse que desde primeras horas matinales a la última hora de la noche estaban junto al ex emperador.

El general Montholou y su esposa habitaban otro cercano pabellón.

El barón de Las Cases quiso vivir con su hijo en la propia casa de Bonaparte. También el general Gourgaud se quedó en la residencia.

La hermosa señora de Bertrand no se resignaba a la vida que adivinaba monótona y horrible del destierro.

—¿Tenemos en Francia casa propia y vamos a resignarnos a vivir aquí en dos habitaciones, como criados?—dijo a su esposo.

—Todo puede arreglarse con un poco de imaginación—le contestó riendo—. Nos figuraremos que vivimos en París, en las Tullerías.

—¡No te burles! ¡Si vieras mi corazón!

Y calló, comprendiendo la inutilidad de sus quejas.

El gobernador interino de la isla fué a visitar a Napoleón indicándole que había hecho amueblar la casa con relativo lujo para que se encontrara lo mejor posible.

—Lo que yo pueda hacer para volver más confortable la casa de Longwood, se hará—le dijo.

—No es preciso—repuso Napoleón con dignidad—. Soy un antiguo soldado y sé acomodarme en cualquier parte.

De pronto sus ojos brillaron heridos por la ira y dijo señalando a unos centí-

nelas que había visto a través de la ventana:

—Pero, ¿“y eso”?... ¿Qué significa?

—Ordenes de mi gobierno, señor.

—¡No quiero centinelas alrededor de mí! ¡No soy un prisionero!

—Pronto llegará de Londres el nuevo gobernador, y espero que las instrucciones que traiga serán más de su agrado, general—repuso el inglés inclinándose ceremoniosamente y abandonando la casa.

Y Napoleón, rodeado de sus fieles amigos, protestó, levantó los brazos impotentes contra aquellos hombres que fríos, severos, vigilaban y rodeaban la finca, prontos a disparar implacablemente al menor intento de huída.

Esta era su consigna. Napoleón no debía abandonar jamás la isla de Santa Elena.

* * *

Pasaron días... semanas...

Galanterías, murmuraciones, pequeñas intrigas... La corte minúscula de un gran Emperador procuraba, en el marco humilde de Longwood, reverdecer pasadas pompas.

Aquella tarde, todos los amigos se habían reunido en una de las salas de la posesión.

Napoleón jugaba al ajedrez con su amigo el barón de Las Cases y le rodeaban Bertrand, Montholou, Gourgaud y otros íntimos.

Con profunda atención, Bonaparte efectuaba las partidas como si reconcentrarse en las fichas del ajedrez, “juego de reyes, rey de los juegos”, su magnífica táctica vencedora.

—Perdón, señor!... ¡He ganado la partida! —dijo el barón de Las Cases!

Sonrió Napoleón y quedó unos momentos extático, contemplando el tablero de ajedrez.

Las dos damas tomaban el té... Vestidas elegantemente se hacían la ilusión de que se encontraban aún en los días amables del Imperio.

—Lleva usted una “toilette” preciosa— dijo la señora de Bertrand a su amiga la condesa de Montholou—. De París, ¿verdad?

—Sí, de París...

Y las dos evocaron con melancólica frase las dulces épocas de las Tullerías.

De pronto, vino a herir la calma de la tarde moribunda, el estampido de unos cañonazos.



Napoleón jugaba al ajedrez con su amigo el barón...

Napoleón levantó su noble cabeza y fijó la vista en la ventana.

—¿Qué debe ocurrir?—preguntó.

—Seguramente habrá llegado el nuevo gobernador—le contestó Bertrand.

—Veremos quién es ese personaje. ¿Se-

rá posible que se me tenga por mucho tiempo en esta isla?

Y todos callaban, melancólicos, porque todos se daban cuenta de que la gloria de Bonaparte estaba absolutamente perdida y que Inglaterra mantendría para siempre a esa águila solitaria y temible en el desierto.

Había llegado efectivamente el nuevo gobernador Sir Hudson Lowe.

La palabra Deber, seca e inflexible, regía todos sus actos, y por eso las órdenes que traía de Londres se hacían crueles al ser interpretadas por su espíritu rígido y severo.

Apenas llegado, se enteró minuciosamente de cuantas cosas se referían al prisionero.

Examinó con todo detalle el número de personas que formaban la corte de Napoleón y dijo al que hasta entonces había ejercido el cargo de jefe de la isla:

—¿No le parece a usted que es una corte excesiva para un general prisionero?

—Son gente inofensiva.

—No hay que fiarse demasiado. En cambio, me parece del todo punto insuficiente la vigilancia.

—Hay guardias que vigilan la posesión.

—Habrá que aumentar el número... Por de pronto, mañana por la mañana haremos conocimiento con el señor general.

—Perfectamente, señor gobernador. Buenas noches.

Sir Hudson quedó solo... Abrió la ventana... Contempló la lejana casa iluminada de Napoleón... Buen nido tenía aquella águila. Pero era preciso poner más barrotes para que las uñas de la fiera domada no buscaran de nuevo el añorado camino de la libertad.

* * *

A la mañana siguiente, Sir Hudson Lowe pensaba visitar a un general, pero iba a ser "recibido en audiencia" por un emperador.

Con su séquito se dirigió a Longwood, sorprendiéndole extraordinariamente que le obligaran a hacer antesala. ¡A él, el representante de la nación vencedora!

¿Qué significaba aquella falta de corrección? Contempló airadamente a los individuos de la corte de Bonaparte que

aguardaban y que vestían los brillantes uniformes de las paradas.

¡Cuánto absurdo! ¿A qué aquel orgullo si no eran más que simples prisioneros?

Por fin y cuando ya la espera se hacía insostenible, fué el gobernador introducido en el despacho imperial.

Napoleón le recibió de pie, pero al ver que avanzaba el gobernador inglés, tomó tranquilamente asiento.

Sir Hudson, furioso por el recibimiento se sentó y sin decirle una sola palabra, puso en sus manos unas ordenanzas a que en lo sucesivo debía atenerse Bonaparte.

A medida que Napoleón iba leyendo aquellas instrucciones, el furor enrojecía sus mejillas.

¡Le permitían pasear únicamente por los límites marcados por los centinelas y aun a determinadas horas!

—¡Eso es una infamia! —protestó—.
¡Yo no puedo admitirlo!

—Esa severidad en la vigilancia se la ha buscado usted mismo, señor, por haberse negado a dar su palabra de no escapar.

—¡No estoy prisionero, y por tanto, puedo marcharme cuando se me antoje!

—¿Conque no está prisionero?

Y burlonamente le señaló la ventana, por la que se veía a varios soldados vigilando la mansión.

—¡Todos esos centinelas no podrán impedir mi marcha de aquí! ¡Estas medidas y estas órdenes son perfectamente ridículas! —protestó levantándose y paseando airado por la estancia.

—¡Está usted descortés, general!

—¡No creo necesario tratar con cortesía a mi carcelero!

—¡Ah, me insulta usted! Entonces tendrá el trato que realmente merece.

—Salga de mi casa... y mire lo que hago con sus órdenes.

Y rasgó en dos pedazos el documento.

Sir Hudson, indignado por aquel desacato a su legítima autoridad, salió del despacho y abandonó la casa, seguido de sus hombres que adivinaban por la actitud avinagrada del gobernador que la entrevista había resultado poco cordial.

Bertrand y sus amigos corrieron a reunirse con Napoleón que se quejaba ahora amargamente del régimen brutal que le rodeaba.

Tras aquella borrascosa entrevista que-

dó la guerra declarada entre las dos potencias de la isla.

Sir Hudson Lowe regresó a su palacio y comunicó sus instrucciones al comandante de la isla.

Este fué a ver a su vez a un oficial, el teniente Nichols, a quien comunicó:

—El gobernador le encarga a usted de la vigilancia personal del general Bonaparte, teniente Nichols.

—¡Quedo a sus órdenes!

—Mandará usted a los centinelas que rodearán la posesión de Bonaparte y procurará conocer siempre lo que hace el ex emperador... Y por medio de banderas tendrá usted al corriente al gobernador de lo que ocurra en Longwood... Izará usted una bandera blanca cuando vea pasear a Napoleón, y la negra cuando no le vea... Y la bandera que tiene la cruz cuando se haya escapado... Pero en ese caso, no quisiera yo estar en su piel de usted, señor teniente.

—He de procurar que lo último no suceda nunca.

El teniente Nichols se dispuso a obedecerle en todo, y rodeó la posesión de Bonaparte de centinelas que no perdían de

vista las puertas y ventanas de aquella posesión.

* * *

Y la época de los recelos empezó. Se vigilaban mutuamente los dos enemigos, y la desconfianza aumentaba entre ellos la distancia.

Bonaparte viéndose tan estrechamente vigilado, no se movía de su casa, sin pasar siquiera por los límites autorizados. Cada vez se sentía más triste, viendo para siempre perdida la esperanza de la libertad.

Sus fieles amigos comentaban aquella melancolía.

—¡No habla ni una palabra!... ¡Siempre mudo... siempre taciturno!...

Y la señora de Bertrand se desesperaba en aquel ambiente de abrumadora tristeza. ¿Hasta cuándo iba a durar aquello, hasta cuándo? ¿Siempre el mundo quedaría reducido a los límites estrechos de la isla?

Y así fueron pasando los meses en una monotonía terrible... El águila vencida meditaba... Sentía ansias de los tiempos pasados y lloraba por aquellos seres que-

ridos de los que estaba privado de noticias.

Porque a ésto llegaba la crueldad de sus carceleros... La impedían toda comunicación con las gentes de Francia.



Cada vez se sentía más triste...

El gobernador Sir Hudson, extrañado de que Napoleón no se moviera nunca de su casa, llamó un día al teniente Nichols y le dijo:

—¡Hace seis meses ni uno solo de nuestros hombres ha podido ver al general!

Me extraña mucho... Oigame, teniente... Mañana me dirá usted que ha visto al general, o de lo contrario perderá usted su cargo...

—¡Yo lo veré!—contestó el teniente.

Aquella noche, Napoleón Bonaparte con una ansia cruel de saber de los suyos, escribía esta carta:

Mamá Leticia: Llevo meses enteros sin saber nada de ti, nada de mi esposa ni de mi hijo. Te ruego que encuentres el medio de hacerme llegar noticias vuestras. La vida es cruel. No puedes imaginarte hasta qué punto siento la nostalgia de vosotros.

Llamó al barón Las Cases rogándole buscara el medio de que pudiera ser enviado aquel angustioso escrito.

Al día siguiente el barón Las Cases, en compañía de su hijo, fué a hablar con uno de los colonos de la finca, un negro fiel y bondadoso a quien confió el mensaje, cosiéndoselo en el forro de su chaqueta.

El buen hombre prometió llevar aquel escrito.

Salrió furtivamente de la casa, pero los centinelas que mandados por el teniente Nichols vigilaban estrechamente, le dieron alcance y le obligaron por la amenaza a

confesar que le habían entregado una misiva.

Y fué de esta manera como el severo gobernador se enteró de que Bonaparte deseaba relacionarse con sus familiares de Europa.

Ignorante de lo que había ocurrido, el barón Las Cases comunicaba, entretanto, a Napoleón:

—Todo sale bien, señor... Ese hombre irá a Jamestown y dejará la carta en el barco que sale para Italia.

—Pagadle bien, que es inapreciable su servicio.

El gobernador se indignó al conocer aquél mensaje clandestino de Napoleón...

¿Conque aquel hombre, esclavo de los ingleses, se permitía sostener secreta correspondencia? Iría a afear su conducta y a hacerle ver una vez más que sólo era un prisionero al que se podía pulverizar de un soplo.

El teniente Nichols se dispuso a ver personalmente al ex emperador, tal como Sir Hudson se lo había ordenado el día antes, pero el gobernador le indicó que iría él mismo personalmente.

Se dirigió a la posesión de Longwood

y tras la consiguiente espera que no hacía más que excitar los nervios ya en tensión del gobernador, entró en el despacho de Bonaparte.

Este se hallaba acompañado de Bertrand, Las Cases y otros amigos... Sir Hudson les mostró aquella carta, arrugada ya por sus manos energicas y dijo:

—Está probado que el barón Las Cases y su hijo han enviado cartas a Europa por medios clandestinos. En el próximo barco saldrán para Francia.

Sintieron todos anhelos de rebeldía ante aquella disposición pero sólo Napoleón tuvo la arrogancia de protestar.

—Esta es una carta inocente, la carta de un hijo a su madre. ¿No se avergüenza usted de lo que hace, no se avergüenza usted de su cargo, señor gobernador?

—No he elegido yo este cargo; me han obligado a aceptarlo.

—¡Solamente a un hombre vil se le da un cargo como el suyo!

—Le viene ya un poco ancho su traje de emperador, señor general—dijo Sir Hudson riendo con insolencia.

—¡Oh, no se ría, no se ría!... Con re-

pugnancia y desprecio mencionará la Historia su nombre.

Sir Hudson hizo un movimiento desdenoso y abandonó el palacio, después de volver a dar órdenes para que inmediatamente el barón de Las Cases y su hijo marchasen de Santa Elena.

Al día siguiente partían aquellos fieles amigos... Y Napoleón sintió un nuevo dolor al ver alejarse a los dos leales.

¡Malvado Sir Hudson! ¿Es que quería poco a poco dejarle en la más amarga soledad?

Y sintióse más taciturno... Y aquella atmósfera de tristeza que le envolvía se comunicaba a todo su séquito, y la señora Bertrand sentía cada vez más la infinita nostalgia de su pasado... y la condesa de Montholou se aburría, echando de menos las sonrisas del amado París.

—Debería Vuestra Majestad distraerse un poco—le dijo un día la señora Bertrand—. Esta quietud y esta soledad constante son un peligro para su salud.

Nada le contestó Bonaparte y se alejó de ella con un rictus de indefinible desdén.

Sintió la señora Bertrand aquel insulto y se echó a llorar.

—El emperador no puede perdonarte tu egoísmo, querida—le dijo su marido.

Y la hermosa mujer volvió a su casa para acariciar a sus dos hijos que ponían entre la negrura de noche que la envolvía, un rayo de dulce luz.

* * *

Una vez anualmente—en el cumpleaños de Bonaparte—Longwood evocaba pálidamente las fiestas brillantes de las Tullerías.

Aquel día comían todos con el ex emperador y la mesa tenía cierta mágica evocación de los esplendorosos tiempos viejos.

Los Bertrand, los Montholou, Gourgaud y los otros leales vestían trajes de gala. Por un instante se hacían todos la ilusión de que no se encontraban en Santa Elena.

Mientras todos comenzaban a saborear los manjares de aquel día, Napoleón mirando a su fiel Gourgaud, le dijo:

—¿Por qué no comiste ayer con nosotros, Gourgaud?

—Había sido invitado a un baile en casa de unos oficiales ingleses—contestó con timidez.

—¡Estoy viendo que un día te quedás a vivir en casa de mi carcelero!

—No sé cómo Vuestra Majestad puede decir eso de mí... de mí que le salvé en Brienne!—respondió ofendido.



...se hacían todos la ilusión de que no se encontraban en Santa Elena.

Bonaparte le contempló unos instantes fríamente, y contestó:

—No era preciso que lo recordases, Gourgaud; ¡yo no lo había olvidado!

Siguió la comida en silencio, hasta que

de pronto Bonaparte levantó los ojos y preguntó a Gourgaud:

—¿Y cómo estuvo el baile de los ingleses?

—¡Oh, bien! La señora Hudson Lowe no es como su marido... ¡Es una señora muy amable y muy elegante!

—Creo que en Santa Elena hay otras mujeres que también saben vestirse! —dijo la señora de Montholou, un poco disgustada de que aquel compañero tributase elogios a una extranjera.

—¡No lo dudo, señora! —contestó Gourgaud, tan desabrido como de costumbre—. Su vestido de usted, por ejemplo, es muy elegante... pero... pero allí, además de elegancia, hay amabilidad.

La condesa tembló de indignación y dijo a su marido:

—¡Ya has oído cómo me ha insultado Gourgaud! ¡Es preciso que le pidas explicaciones!

Montholou y Gourgaud se observaron de modo agresivo, cual si fueran a acometerse, pero una mirada de Napoleón les contuvo... Y siguieron comiendo en silencio, sin demasiado apetito.

La señora de Bertrand, hermosísima en

su vestido de corte, aparecía meditabunda, apenas sin probar bocado.

Napoleón paseó inquieto sus ojos por ella, y dijo:

—Señora, desde que estamos en la isla, casi no ha hablado usted ni dos palabras en mi presencia.

—Señor...

—Ya comprendo... Usted no puede mirarme con cariño, ni siquiera con simpatía...

—¡Tiene razón Vuestra Majestad! ¡No puedo! —respondió la inglesa sin ocultar el sentimiento de la melancolía que le inspiraba tener que vivir allí.

El general Bertrand lanzó una violenta ojeada a su esposa. ¿Por qué ofendía de aquel modo al Emperador?

Napoleón se levantó de pronto, sin haber probado el asado pollo que le presentaba un criado.

—Creí que la agradable compañía de ustedes me distraería algo, pero lo único que hace es acentuar mi mal humor —dijo.

Y se retiró, mientras sus amigos, también de pie, veían desconsolados de qué triste modo acababa el que había de ser encantador banquete de cumpleaños.

Apenas hubo desaparecido Napoleón, el conde Montholou avanzó hacia Gourgaud y le dijo:

— ¡General Gourgaud, su conducta para con mi esposa no puede calificarse de correcta!

— ¡Estoy a su disposición, conde de Montholou!

Los adversarios se separaron, dispuestos a nombrar sus padrinos para concertar el lance.

Bertrand decía, entretanto, a su esposa:

— ¡Tu antipatía hacia el emperador va en aumento cada día!... Ya, más que antipatía, parece odio...

— ¿Por qué me atormentas de ese modo? ¡Siempre echándome en cara lo mismo!

Y llorosa marchó al jardín, buscando en la amplitud del espacio un poco de aire de paz para su alma.

Napoleón, que había salido también al jardín, se acercó a la señora de Bertrand cuyos grandes ojos negros brillaban como diamantes.

— Señora —le dijo—, yo espero y deseo que algún día sienta usted por mí verdadera amistad.

— ¡Nunca, señor! —respondió, impasible—. ¡Jamás podré oír que es por Vuestra Majestad por lo que me paso aquí la vida!

Sonrió Napoleón apesadumbrado, viendo alejarse lentamente, fantasmal, aquella figura de mujer, tan poco comprensiva y amable.

Bonaparte sintió un nuevo dolor en su alma... ¡No inspiraba simpatía a aquella criatura que sólo por la fuerza estaba con él!

Y su espíritu de hombre se sintió amargado, porque, con todas sus ambiciones y majestades, Bonaparte hubiera deseado, que un corazón de mujer llorase, o sufriese por él.

Luego volvió a su despacho y enterado por el general Bertrand de que Montholou y Gourgaud pensaban batirse, mandó a llamar a este último.

— ¿De modo que piensas batirte con Montholou? —le dijo.

— Él me ha provocado y yo...

— Pero tú tienes la culpa, porque disgustaste a su mujer... ¡Eres un pendenciero incorregible! ¡Donde estás tú hay duelos y disgustos!

—Veo que sirvo para soldado, pero no para cortesano, señor. ¡Será mejor que me marche!—respondió glacial.

—¡Vete! Tal vez sea eso lo mejor.

—¿Es ese el deseo de Vuestra Majestad?—repuso, temblando.

Tardó Bonaparte unos minutos en contestar, y comprendiendo que la permanencia de Gourgaud y de Montholou podía originar serios conflictos y rencillas entre ellos, contestó:

—¡Es mejor que te marches! ¡Adiós, Gourgaud! Un abrazo...

Napoleón tristemente le vió partir, y sintió la pena de ver que se reducía cada vez más el círculo de sus leales.

¡Y aun algunos de los que quedaban con él se hallaban a la fuerza!... ¡Aquella hermosa señora de Bertrand! ¡Pero a esa no la dejaría marchar nunca, porque Bertrand era su más grande, su más fervoroso amigo, con una amistad de esas que sólo la muerte rompe!

* * *

Días después, un vendedor italiano, venido de Europa, trajo para Napoleón una

caja conteniendo un busto en mármol de un niño, el hijo de Bonaparte.

Era un recuerdo que sus amigos le enviaban como un mensaje de que seguían fieles a su memoria.

Pero el gobernador inglés interceptó aquel regalo y estuvo examinando largo rato la estatuilla.

—¿Y cree usted que ese vendedor italiano no tenía otro propósito que llevar este bulto al general Bonaparte?—preguntó al comandante de la guarnición.

—Así lo creo.

—¿No habrá dentro algún mensaje secreto... algunas instrucciones para un complot?

—Me parece que no es posible.

—¡Por sí o por no, el bulto se queda aquí!

Y cuando el comandante comunicó a Napoleón que no le entregaban la estatua de su heredero, Bonaparte gritó, enfurecido:

—¡Pero eso es una inhumanidad!... ¡Yo haré un llamamiento a las madres de Europa contra esa残酷!... Negar a un padre el retrato de su hijo... Ber-

trand, ve a decírselo así al gobernador... y no vuelvas sin el busto...

Tanta habilidad puso en sus palabras el íntimo de Napoleón que el gobernador Sir Hudson acabó accediendo a entregarle el mármol.

Y dos horas después Bonaparte tenía en su poder el busto que abrazó locamente, en un transporte de amor paternal.

—Bertrand, entrégale doscientas libras al hombre que me lo ha traído—dijo.

Y volvió a quedarse acariciando aquella blanca cabeza, cuyos rasgos eran los suyos, aquella cabeza que según él creía, estaba destinada a reinar a Francia.

Estrechándola contra su corazón evocó los días en que jugaba con su hijito en las Tullerías, y en que él, hombre implacable y duro, se enternecía viendo las gracias de su heredero.

Cruellos carceleros, ¿por qué separaban a un padre de su hijito?

Durante varios días una extraña alegría inundó las facciones de Napoleón como si el busto de su hijo alegrara su aspecto, alejando de él las pesadillas del momento presente.

Una tarde vió desde la ventana a los

niños del general Bertrand que jugaban en un patio cercano.

Les llamó. Los niños entraron en la salita y comenzaron a jugar alegremente con aquel grande hombre.



...se enternecía viendo las gracias de su heredero.

Napoleón encontraba una delectación especial en jugar con los pequeñuelos, en dejarse perseguir por aquellos dos niños que ya le consideraban un camarada más.

El ex emperador se puso el sombrero

de uno de los chiquillos y comenzó a correr alrededor de una mesa, dejándose alcanzar por los traviesos niños.

De pronto entró en la estancia la señora Bertrand. Al ver a sus hijos les llamó imperiosamente con un deseo de alejarles de Napoleón:

—Venid, hijos... estáis molestando al emperador...

Les abrió la puerta. Los niños desaparecieron como una bandada de pájaros.

Napoleón miró tristemente el patio por donde se alejaban los chiquillos y luego pareció recriminar con un silencio hostil a la señora Bertrand.

¿Por qué le arrancaba de su lado a los niños que le daban un poco de olvido?

Aquella mirada del emperador llegó al alma de la señora de Bertrand quien dijo:

—Perdón, señor... No quería ofender a Vuestra Majestad...

—¿No quería? ¡Y siempre ha procurado usted hacerlo!...

—No... no... le juro que no quería ofenderle—repitió mirándole con tristeza y casi dominada por la energía que despedían aquellos ojos fulgurantes del vencido.

Napoleón se acercó mucho a ella. Co-
gióla por un brazo y apretó fuertemente
al propio tiempo que le decía:

—¿Por qué me ha odiado usted siem-
pre, por qué?

La mirada de aquellas pupilas conturbó tanto a la señora Bertrand, sintió que le quemaban tanto el corazón, que bajó las suyas e inclinó, aturdida, la cabeza en los hombros de Napoleón.

En aquel momento, aquella alma de mujer se sentía vencida por Bonaparte, y hubiera acaso bastado un gesto del grande hombre para que ella cayera a sus pies, seducida por la mirada donde aun brillaba la gloria.

Pero Bonaparte, suavemente la apartó de sí...

¡Ah! ¡Qué hermosa era aquella mujer!
¡Cómo olía su cuerpo soberbio de plenitud!... Peero... ¡atrás... atrás! Aquella mujer no le pertenecería nunca. Era de Bertrand y la lealtad ponía entre los dos una valla eterna...

Y abriendo la puerta salió al patio, an-
sioso de aclarar un poco su corazón de solitario que por un instante había sentido también la perturbación del amor.

Alguien desde la puerta entreabierta había presenciado la anterior escena; el general Bertrand quien, lentamente, con los ojos casi cerrados, se alejó...

* * *

Estación de las lluvias... Día y noche una cortina de agua ante las ventanas de la prisión.

Y así un mes y otro...

Y un día un nuevo Bertrand aumentó la corte del emperador.

Ocho días después del nacimiento del niño, Bonaparte se dirigió a la casa de los Bertrand...

Estaba allí todo su séquito, y Bonaparte besó y acarició al recién nacido al propio tiempo que decía graciosamente:

—Mirad, el primer francés que ha entrado en la isla sin permiso del gobernador.

Después felicitó a los Bertrand por aquel nacimiento. La madre estaba pálida y triste... Ante su emperador se sentía melancólica... Desde aquella vez en que reclinó su cabeza sobre la de él, no había vuelto a hablar con Bonaparte. Tenía miedo... miedo de caer algún día, a pesar

de su desdén, vencida por aquellos grandes ojos enérgicos.

Mientras hablaba con la señora Bertrand, la condesa de Montholou deslizó al oído de su marido unas palabras:

—¿No te has fijado en el interés del emperador para el niño? El pequeño se parece algo a él.

Al finísimo oído de Napoleón llegaron aquellas insidiosas frases y cuando marchó, al pasar ante aquella dama le dijo en voz baja:

—La calumnia sólo mancha los labios que la pronuncian.

Luego siguió su camino acompañado de la señora de Bertrand quien al hallarse ante la puerta, le dijo:

—Señor... tengo que hacer un ruego a Vuestra Majestad... No quisiera volver a Longwood.

—¿Por qué?

—No puedo olvidar que allí tuve un motivo de debilidad...

Sonrió Napoleón y le dijo:

—No vuelva más... Será bien para los dos.

Y salió velozmente, pues en su alma de hombre solitario había podido acaso pren-

der un amor imposible, absurdo, que él con el poder de su voluntad, tenía la obligación de acallar.

* * *

Napoleón leyó una tarde en uno de los escasos periódicos que le enviaban de Francia, este suelto:

En la Corte de Viena sigue siendo el tema de murmuraciones la actitud de la archiduquesa María Luisa, esposa de Napoleón Bonaparte, la cual parece dispuesta a unir su vida a la del conde de Neipperg.

Aquella cruel noticia produjo en Bonaparte una terrible conmoción.

Sintió un inmenso dolor en el corazón y cayó sin sentido.

Corrieron sus leales amigos a auxiliarle y él les dijo:

—¡Buscad a un médico! Me muero. ¡Es como si un puñal se hundiese en mi carne!

Fué transportado al lecho y le visitó el médico inglés O'Meara, quien logró reanimarle.

Al otro día, el gobernador preguntó al doctor:

—¿Y a qué es debido el ataque de ayer de Bonaparte?

—Al clima poco sano de la isla y, sobre todo, a la falta de libertad para poder moverse, hacer ejercicio...—respondió el médico que era hombre de humanitarios sentimientos.

—¡Usted es médico militar inglés!... ¡Usted no tiene derecho a criticar las medidas de su gobierno!...

Y siguió recriminando duramente a aquel hombre para quien Bonaparte no era un enemigo, sino solamente el enfermo que necesitaba de sus cuidados.

Entretanto, la condesa de Montholou, disgustada por las palabras que había vertido contra ella Bonaparte, decía a su marido:

—El emperador me ha llamado calumniadora y no quiero soportar esa ofensa. ¡Me marcho!

—¿Pero olvidas que Napoleón nos tiene prometida una recompensa de dos millones de francos si le acompañamos hasta su muerte...?

—¡Quédate tú siquieres! ¡Yo me vuelvo a Francia!

Por fin consiguió calmar por el momen-

to la impaciencia de su esposa, asegurando que procurarían marcharse lo antes posible.

Llegó la noche de fin de año... Una piedra que cae en un estanque; un toque de clarín que rompe bruscamente la quietud y el silencio de la vida del emperador.

Napoleón recibió la visita de un emissario secreto de París que había llegado clandestinamente a la isla para hablar con el ex emperador del proyecto de una nueva intentona.

Le explicó el agente con todo detalle la conspiración que se preparaba, y Napoleón, emocionado, le fué haciendo preguntas.

—¿Y dices que los regimientos de Lyon se pondrán en seguida a mi lado, que las poblaciones rurales están de mi parte... y que los regimientos de París no ofrecerán resistencia...?

—Sí, señor. Eso es lo que me ha encargado de transmitir a Vuestra Majestad el prefecto de policía de París.

—¡Magnífico! ¿De modo que mañana mismo podría marcharme sin temor?

—Un pequeño velero está anclado cerca de la isla.

—¡Déjame reflexionar esta noche! Mañana por la mañana te haré saber mi decisión.

Napoleón se encerró en su cuarto y pasó una noche agitadísima pensando en lo que debía hacer.

Ante él aparecían los nombres de las gloriosas victorias obtenidas, Austerlitz, Wagram y otras diez... pero después de aquellos nombres alentadores llegaba otro más terrible que se iba agrandando y cuyas letras parecían sangrar: Waterloo. Es decir, la derrota, el desastre, el fin definitivo.

Cuando se levantó aquella mañana se sentía enfermo... Pero como era día de Año Nuevo tuvo que vestir su uniforme de gala e ir al salón a recibir el homenaje sus amigos de corte.

Ante él estaban los compañeros de des tierra, aquellos camaradas que no le abandonaban nunca.

Unos niños, los hijos de Bertrand, recitaron unas poesías de felicitación y luego le ofrendaron una corona de laurel.

Paseando su mirada serena por todos, dijo Napoleón sonriente, como si hubiese tomado ya su definitiva decisión:

—¡Maricales de Francia! ¡Este es el último Año Nuevo que celebramos aquí prisioneros!... ¡El Imperio va a resucitar! ¡Con nuevo esplendor brillará su corona!

Pero en aquel instante sus ojos descubrieron la estatua de mármol de su heredero situada sobre una mesa y se estremeció. Melancólico, apesadumbrado se dejó caer en su trono.

Le miraban todos emocionados, dándose cuenta de los estados de ánimo de su emperador.

—¡No... no... puedo!...—dijo al fin—. Sería absurdo pretender reinar... Bertrand, te lo ruego... despide a ese hombre... el emisario de París...

—Pero ¿por qué, por qué, señor?—dijo Bertrand.

—He decidido morir aquí, en Santa Elena... por mi hijo.

—Majestad, ese no es motivo.

—¡Sí lo es! Si fracasase otra vez, nunca volvería a ocupar un Bonaparte el trono de Francia.

Y volvió lentamente a su habitación, acariciando la corona de laurel y exclamando emocionado:

—¡Estoy solo... con mi gloria!

Bertrand, tristemente, corrió al encuentro del emisario de París.

—Señor Pjnkowsky—le dijo—, el emperador me encarga de darle las gracias en su nombre y le ruega que regrese usted a Europa cuanto antes.

Marchó el emisario, y Bertrand volvió a reunirse con su amado señor que se quejaba de nuevos y graves dolores en el cuerpo.

Pasó unas terribles horas de delirio. Tuvo que ser llamado el médico inglés quien diagnosticó que la salud de Napoleón estaba gravemente minada a causa de las preocupaciones y sinsabores de su desvelo.

Al día siguiente, el gobernador Sir Hudson llamó al médico y le dijo:

—Según sus noticias, parece ser que el general está gravemente enfermo, ¿no es verdad?

—¡Sí, señor!

—Según me ha comunicado uno de los colonos de Longwood, el general habló ayer de su vuelta al trono de Francia.

—Habló en un momento de delirio producido por la fiebre.

—¿Por qué no vino usted en seguida a darme una noticia de tanta importancia?

—¡Soy un médico, Excelencia, no un espía!

—¡Lo que es usted un traidor, señor O'Meara! ¡Usted conoce los planes de fuga del general y los favorece con su silencio!

—¡No es verdad!

—Va usted a salir inmediatamente para Jamestown y allí esperará el barco que debe conducirle a Inglaterra.

Alejóse dolorido el doctor, y Hudson, llamando al teniente Nichols, le dijo:

—¡Que el doctor O'Meara no vuelva a Longwood! ¡No tiene permiso para volver a ver al general!

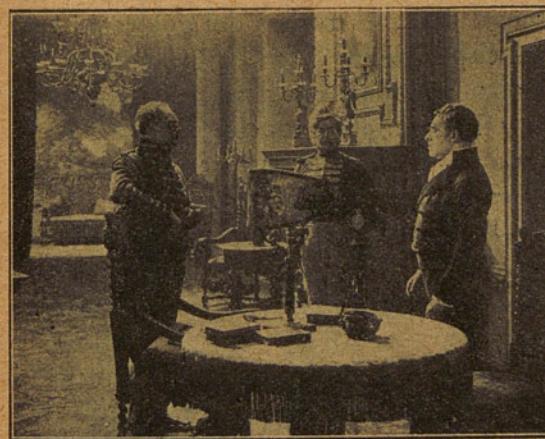
Y el gobernador agitado por la sospecha de que su augusto prisionero quería escaparse, aumentó la guardia de centinelas y dió órdenes severísimas a sus soldados.

* * *

Meses enteros pasó el emperador sin asistencia médica. Ausente el doctor O'Meara no quiso Napoleón sustituirle por otro médico inglés, y la enfermedad

que le minaba prosiguió lentamente su interna labor destructora.

Hasta que llegó un día en que fué precisa una visita médica, pues Bonaparte



—...allí esperará usted el barco que debe conducirle a Inglaterra.

apenas se levantaba del lecho y sufría horriblemente.

Y Bertrand envió al gobernador este escrito.

El emperador me encarga rogar a V. E. que se le permita tomar un médico de su

confianza, pues un médico enviado por V. E. no lo admitiría.

—El gobierno inglés no conoce ningún emperador en esta isla—respondió Sir Hudson al emisario de Bertrand—. Si el general desea el médico del gobierno, está a su disposición.

Pero Bonaparte se negó a ello, y continuó tristemente en aquella casa donde ya parecía flotar el espectro de la muerte.

Bertrand dijo un día a su esposa:

—El emperador me pregunta todos los días por qué no vuelves a Longwood.

La dama se estremeció y contestó suavemente:

—¡Yo no quiero ir!... Pero llévate tú a los niños... Eso le alegrará.

Y Bertrand con sus hijitos fué a ver al glorioso desterrado, y los dos pequeñuelos acariciaron temblorosos aquellas mejillas enrojecidas por la fiebre.

Napoleón, tendido en el lecho y mirando tristemente a su fiel Bertrand, le dijo:

—Gracias por esa visita de tus hijos... Yo quiero ver también a tu esposa. Mañana es seguro que la traerás, ¿verdad, Bertrand?

El general se estremeció, guardó silen-

cio unos instantes, al cabo de los cuales dijo:

—¡Sí, Majestad!

Y cuando volvió a su casa, se lo dijo a su mujer, pero ella protestó:



...fué a ver al glorioso desterrado...

—¡Yo no quiero ir a Longwood! No puedo soportar por más tiempo esta situación. ¡Tenemos que marcharnos de aquí!

—El emperador es un dios para mí... Ahora menos que nunca puedo abandonarle.

—Es que tú no sabes lo que sucedió un día...

—Lo sé. Fuí testigo de aquel instante de debilidad en que el emperador estuvo a punto de acariciarte.

—¿Y no advertiste el peligro que en eso había para mí?

—¡Sí!

—¿Y conociendo ese peligro te has quedado aquí y no has hecho nada para alejarme de él?

—Tengo una fe ciega en mi emperador. Sé que es un hombre de honor. De él nunca he de temer nada.

La dama acabó por acceder y al día siguiente en compañía de su marido fué a visitar a Napoleón.

Sonrió éste conmovido ante aquella visita añorada.

—Hablaron breve rato hasta que la fatiga obligó a Bonaparte a enmudecer.

Y la señora de Bertrand marchó tristemente convencida de que el emperador se moría de un instante a otro, pues su faz demacrada, su fatiga, indicaban el próximo y terrible fin.

Días después, Bertrand comunicó al emperador una noticia.

—Señor, he hablado con Montholou y desea volver a Francia. Su esposa está enferma.

—Enferma, ¿eh? ¡Ah, os vais todos!... ¡Queréis dejarme morir solo aquí! Pero tú eres el más fiel de todos, Bertrand... ¡No me abandones!

—¡Nunca, señor!

—Dame pluma y papel.

Y aquel gran corazón escribió una nota rogando se pagasé al general Montholou, de su fortuna particular, la suma de dos millones de francos.

Con tanta generosidad pagaba a los que se cansaban de vivir a su lado. No era el conde de Montholou el culpable, bien lo sabía él, sino ella, la condesa.

Transcurrieron nuevas semanas... Y por fin ante la gravedad de Napoleón se consintió en Longwood en admitir al médico del gobierno.

El doctor entró en una habitación sumida en profunda oscuridad.

—¡Apenas se ve aquí! —dijo—. ¡Hagan el favor de abrir las ventanas!

—El emperador tiene la vista débil y no puede soportar la luz del día —contestó Bertrand,

Y en aquella penumbra, el doctor examinó a Bonaparte y se convenció de que éste se hallaba gravísimo, casi moribundo.

Más tarde, al regresar al palacio del gobernador, explicó a éste:

—Me han hecho examinar en la oscuridad a un hombre que desde luego está muy enfermo... pero si era o no el general Bonaparte, eso no puedo asegurarlo. No pude ver sus facciones.

Una terrible sospecha se clavó en el ánimo de Sir Hudson. ¿Y si Bonaparte se hubiese fugado? ¿Si aquello de la enfermedad fuese una martingala para que no sospechasen la huída?

Furioso llamó al teniente Nichols a quien preguntó cuánto tiempo hacía que no había visto a Napoleón.

—Desde hace seis semanas, señor.

—¡Imbécil! ¡Voy a someterle a un consejo de guerra! ¡El general Bonaparte hace tiempo que ha huído!... Su enfermedad no ha sido más que una comedia. Y yo llevaré a usted a la horca por descuidado.

Suplicó el teniente rogando que no le arrestaran.

—Concédemme una hora, señor goberna-

dor! Le prometo que veré a Napoleón.

Accedió al cabo el gobernador, y Nichols al frente de sus guardias corrió a la residencia de Longwood.

Llamó violenta, terriblemente.

—¡Tengo orden de ver al general Bonaparte! —gritó.

Pero Bertrand y sus amigos, ante la puerta de la alcoba del héroe, le impidieron valerosamente la entrada.

Y Nichols, furioso, tuvo que marchar, convencido íntimamente de que Bonaparte no estaba ya en aquella casa y que hacía tiempo que había huído. ¡Ah, miserables todos!

Y ordenó que se izase la bandera con la cruz, señal que indicaba que Bonaparte había escapado.

Y entretanto, Napoleón, dulcemente, se moría... Le rodeaban sus amigos a quienes dictaba un último testamento para su hijito.

Que mi hijo huya siempre de los partidos... que no vea más que la multitud... Ha de ser el hombre de la nueva causa cuyo triunfo he facilitado...

Después quedó en doloroso éxtasis hasta que de repente, haciendo una dolorosa

contracción, su alma de gigante se desprendió del cuerpo para ir a volar a las eternas regiones de la justicia.

Bertrand y sus amigos se arrodillaron y



—¡Tengo orden de ver al general Bonaparte!

llorando rezaron una oración por aquel hombre a quien la Historia de Francia habría de poner siempre en primer lugar.

* * *

El gobernante Hudson vió izada en mitad del campo la bandera de la cruz.

Loco de ira salió de su despacho para dirigirse a Longwood, y al marchar encontró al general Bertrand que llegaba a la casa, y que con voz apenada le decía:

—¡Tengo el deber de comunicar a su Excelencia que el emperador acaba de morir!

—¡No es verdad! ¡Se ha escapado! ¡Han puesto la bandera!

—Sí, se ha escapado... pero no su cuerpo... sino su alma... a la que ya no podréis perseguir más. ¡Venga, venga, general y usted mismo verá sus despojos mortales!

Hudson marchó a Longwood acompañado de Bertrand y vió el cadáver de Napoleón Bonaparte.

No había huído, estaba allí, blanco como la cera y cubierto con la bandera de Francia.

El gobernador echó una ojeada a los amigos de Napoleón que lloraban el fin de su señor, e inclinándose respetuosamente saludó por última vez al adversario caído.

—Quizás fuí excesivamente inflexible... Pero siempre creí cumplir con mi deber—dijo...

Y marchó lentamente, mientras una



...lloraban el fin de su señor...

mujer, la señora de Bertrand, ponía un ramo de violetas sobre el cuerpo del héroe.

* * *

Así pasó Napoleón...
Nadie se acuerda ya hoy del carcelero Sir Hudson y, en cambio, el nombre de

Napoleón está escrito con letras de oro, en el libro de la Historia, y su gloria sigue lanzando su maravilloso fulgor a través de las generaciones rendidas ante su genio.

FIN

Ha sido revisado por la Censura

Esta semana aparecerá:

La Novela Cinematográfica del Hogar

Excelentes asuntos

48 páginas de amena y sana literatura

Postal-regalo en bicolor

Precio popular: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El Caballero

Egoísmo

La máscara del diablo

El pan nuestro de cada día

Acaba de aparecer:

VIEJA HIDALGUIA

por Antonio Moreno, Mary Duncan, etc.

Precio: 1 peseta

2

E. B.